

La Mueca Sarcástica de la Disidencia

Angel Rama

1307
05/20/80

Mientras estallaba en Occidente la indignación por los nuevos procesos y condenas a los "disidentes" soviéticos (Orlov, Chcharansky, Guinsburg y los demás miembros de los Comités de vigilancia de los acuerdos de Helsinki) que retrotraen a una época que se hubiera dicho ya definitivamente abolida, tal como lo testimonia la protesta de la mayoría de los Partidos Comunistas occidentales y asiáticos (con la excepción de algunos obedientes latinoamericanos), pasó desapercibida una pequeña noticia que pocos diarios publicaron: se había autorizado la salida de la Unión Soviética del filósofo Alexander Zinoviev para que dictara un curso de su especialidad en la Universidad de Viena. De hecho, ya que su familia se encuentra fuera del país, se trataba del anuncio del exilio para un hombre eminente en su campo y que en los dos últimos años provocó una conmoción con la publicación de dos libros, inusitados dentro de la de suyo inusitada producción literaria de los exiliados soviéticos, que, a esta altura, conforma una entera biblioteca.

La ficha bibliográfica con que se han publicado esos libros en Suiza, dice: "Alejandro Alexandrovich Zinoviev nació en 1922. Es doctor en Filosofía y profesor. Varios de sus libros en el dominio de la lógica, de la filosofía y de la lingüística, entre los cuales, *Las reglas de la lógica del lenguaje*, *Fundamentos de la teoría lógica del saber científico*, *Los problemas filosóficos de la lógica polivalente*, *La lógica compleja*, aparecieron en las mejores colecciones y revistas alemanas y anglo-americanas. Bajo la influencia de Zinoviev se formó un grupo de estudiantes e investigadores que publicó en 1970 una colección de trabajos bajo el título *La lógica no clásica y Teoría de la conclusión lógica* en 1973. Fue miembro del Comité de Redacción de la revista *Problemas de Filosofía*, pero abandonó el puesto al no poder publicar los trabajos de filosofía que proponía. Durante un tiempo ocupó la cátedra de Lógica de la Universidad de Moscú. Fue despojado de sus



El disidente Chcharansky.

y la inmediata realidad en que viven los hombres. Ambos universos se han ido distanciando: el primero ha adquirido una calidad retórica, cada vez más triunfalista y esclerosada, lo que ha deparado esa "opacidad" de las palabras que Octavio Paz detectaba en el discurso político de los herederos de la revolución mexicana, explicando así la emergencia de un discurso opuesto de naturaleza crítica. Pero mientras, en este caso, la oposición crítica de las jóvenes generaciones surgidas de Tlatelolco se abastece en el gran almacén del pensamiento de izquierda, impregnado a su vez por el sople marxista, el discurso de los disidentes apela a un confuso, muchas veces anacrónico e incoherente repertorio doctrinal donde el misticismo se codea con la ciencia y la técnica y muy pocas veces con el marxismo. Pero además, mientras la oposición crítica de Occidente (y paradigmáticamente la latinoamericana) actúa con la esperanza y la convicción de que ha de llegar al poder desbancando a quienes lo ejercen, los disidentes escriben en una suerte de vacío sin esperanzas: no creen ser alternativa de poder, no ven a la vista ninguna coyuntura en que se realicen sus expectativas, no proponen ningún proyecto sustitutivo realista y verosímil y se limitan a reclamar el derecho a ser una minoría discrepante a la cual se le consienta vivir.

De ahí surge la mueca sarcástica, ácida y funambulesca, como de loco ceremonial, que sig-

en sus grandes festividades espantosas. Las baladas cuentan ridículamente, con versos cojos y palabrotas, las ínfimas mezquindades e insuficiencias de la vida, en tanto la prosa está consagrada a reconstruir diálogos de intelectuales, artistas y científicos desarrollando las más divertidas y absurdas teorías interpretativas de la sociedad soviética, narrando los episodios pintorescos de la consabida "petite historie" o produciendo informes científicos —es la parte más original, que evoca algunos textos kafkianos— en los cuales se imita la garulería de los mediocres funcionarios encaramados, se desnuda su ignorancia y se desmesura el "cantinflismo" como la cornucopia de la Fortuna. Otras veces, este lógico procura desentrañar la posible coherencia del discurso oficial y desarrolla ingeniosas teorías que se le ramifican hasta el agotamiento pero a las que espera al final el sesgo irónico que las burla. Sin embargo no pierde de vista los cambios producidos en su medio: la época del Desasosiego generada por Krukrú no es lo mismo que la posterior del Número Uno con su corte de funcionarios eficaces aunque grises, limitados, ordenados y trabajadores. Dentro de la mascarada generalizada hay sitio para el reconocimiento de los cambios, y los propios personajes de la oposición (el Escultor, el Charlatán, el Enredador, el Pintor, el Austero, etc.) no salen indemnes del barro.

Uno de los más extensos episodios ocurre en un Batallón de Aviadores y narra las gloriosas hazañas que bajo la conducción inmarcesible de los comisarios llevan a cabo los reclutas, los trabajadores para la construcción de una gran letrina. Aquí estamos en la picaresca rabelaisiana, en las mil astucias puestas para sobrevivir, comer, burlar las órdenes, gozar de placeres robados, agenciarse bebida, engañar al superior, todo con una incredulidad hacia el sistema que realmente asusta. No pasan por este libro obreros or-

...ante un tiempo cupó la cátedra de Lógica de la Universidad de Moscú. Fue despojado de sus funciones a consecuencia de ataques discriminatorios. En su obra científica, Zinoviev desarrolla una concepción lógico-filosófica orientada al análisis crítico de todas las manifestaciones culturales en relación con el lenguaje. A consecuencia de la publicación en 1976 de su libro *Las alturas estupefactas*, en lengua rusa, en Suiza, ha sido privado de todas sus funciones, privado de todos sus diplomas y excluido del Partido Comunista de la URSS".

No era para menos. Conocemos testimonios sobrecogedores sobre los campos de concentración, sobre la falta de libertad, sobre la discriminación social, revisiones ardidadas del pasado staliniano y del burocratismo, innumerable poemas de condenados, pero nunca, ni siquiera en el famoso Archipiélago Gulag, habíamos contado con una obra de tan chirriante y destemplado humorismo, de tan sarcástico acento para desmontar la estructura del poder y también la estructura protestataria, una obra tan decididamente negra y cruel, incrédula y desesperada hasta alcanzar la carcajada sin sentido. Quizás se le podría acercar el libro de Bukowski, *El carnaval de la historia*, pero para dar la medida más aproximada de esta invención habría que citar, como lo ha hecho la crítica europea, a Rabelais o al rispido abate Swift, autor de la Modesta proposición para que los niños de Irlanda no sean una carga para sus padres. Los dos libros han sido publicados en Lausanne, en lengua rusa, por la editorial L'Age d'homme, y traducidos al francés por Wladimir Berelovitch, han sido difundidos por la misma casa: *Les hauteurs béantes* (1977, pp. 640) y *L'Avenir radieux*, 1978, pp. 284.

Ni las alturas nos dejan boquiabiertos ni el porvenir es radiante. Todo el discurso de ambos libros va dirigido frontalmente al "futurismo" y al "triumfalismo" que ha ostentado el pensamiento de la izquierda durante décadas, enfrentándolo ácidamente con las realidades cotidianas y desnudando las concretas operaciones del poder a través de los hombres que los ocupan y las codicias que los mueven. Toda la "disidencia" ha nacido de un cotejo entre el discurso político doctrinal que lleva adelante la élite del poder

...le consienta vivir.

De ahí surge la mueca sarcástica, ácida y funambulesca, como de loco carnaval, que signa sus escritos. Se consumen en una crítica que sólo acepta las formas del ridículo, de la irrisión, del grotesco, porque hasta la tradicional sátira parece exigir un consenso y un espacio crítico que le está negado. Sobre el funcionamiento de este discurso rispido muchas cosas se aprenden en los libros de Zinoviev, pues él se abastece del mundillo intelectual, de los ambientes políticos, de los escritores y científicos y no deja de revolverse airado contra esta mezquina complacencia que hace que los intelectuales, los profesionales, los hijos de altos funcionarios, los propios agentes de la represión, concluyan abasteciéndose esta maquinaria, divirtiéndose con ella pero a la vez evitando comprometerse en todo otro nivel más alto que el del incesante rumor y la incesante chismografía.

En el artículo de Julia Kristeva consagró a este asunto en el número de la revista *Tel Quel* sobre la disidencia, ya observaba los signos paradójales del "estilo disidente", diciendo que favorecía "la agudeza, la alusión, la elipse, la condensación, el sentido oblicuo presupuesto, sepultado entre las líneas, las palabras. Es decir, todo el arsenal retórico requerido para burlar la censura del inconsciente o del Politburó. El resultado: una literatura de risa asordinada o de risa negra". Pero es más que eso, si atendemos al testimonio de Zinoviev: no se trata de burlar la censura como Voltaire lo hacía dos siglos atrás al escribir el *Cándido*; se trata de la constancia del encierro y la desesperación, unificando de manera revuelta las grandes ilusiones renovadoras y las pequeñeces de la chismografía del patio de vecindad.

Los hauteurs béantes con varios libros sumados, correspondientes a distintos periodos de los últimos años, cuya crónica minuciosa va haciendo sobre el modo irónico. A la manera de Brecht, cuando el asunto chirría demasiado, el autor se pone a cantar destempladas baladas, desenfrenadas y hasta procaeces, imitando esa vena popular disconforme y humorística que vive hace milenios en los estratos bajos y desheredados y que un gran ensayista soviético, Bakhtine, ha detectado como el sistema dialogístico del pueblo

una incredulidad hacia el sistema que realmente asusta. No pasan por este libro obreros organizados, ni pioneros; hormiguea en cambio de marisabidillos de las "coterías" intelectuales y de una galería popular de las más pintorescas, vitales y desaprensivas. Los primeros hablan de ideas y discuten el sistema; los segundos están enteramente al margen, deambulan, giran y se entrechocan en los bajos vericuetos de una sociedad que no parece cuidarse de ellos. Por encima de ellos, sin rozarlos, pasan los distintos gobiernos, las variaciones políticas, el subbaja de las autoridades; para ellos todo es lo mismo, porque su asunto es la supervivencia en estrechas condiciones, desarrollando ingenio y fuertes dentaduras. Los primeros se parecen demasiado a los intelectuales de Occidente y por lo mismo no son simpáticos y a veces son desagradables; los segundos aprietan el corazón y su sola existencia produce un desconsuelo infinitamente mayor que el que genera la falta de libertad para expresarse de que se quejan los disidentes.

La Kristeva tiene en su artículo una frase angustiada: "Venidos del porvenir, los disidentes muestran el gusano en la fruta y despojan a Occidente de las mañanas que cantan". No, no nos despojan, ni podrían hacerlo, porque tampoco podríamos vivir nosotros si no confiáramos en un mañana mejor, si no tuviéramos la convicción interior profunda de que es posible un mundo mejor que este en que vivimos y que nos rechaza, cuyas injusticias atruenan al cielo y cuya rapacidad niega la elemental condición humana. Por eso, porque confiamos en el mañana, nuestro discurso es crítico y no meramente sarcástico y no es solitario y ahogado en el individualismo sino abierto y confiado en los hombres. Lo que ellos hacen es advertirnos de peligros, reclamarnos una vigilancia más tensa y estrecha, imponernos mayor objetividad y rigor. En uno de los dramas del inglés Arnold Wesker, la madre tiene una frase que no cesa de repetir porque sintetiza esta sabiduría espontánea, ingenua y compartible: "Cuando salta la instalación eléctrica, yo no descreo de la electricidad, sino del electricista". Tengamos buenos electricistas, cuidemos de que sepan su oficio y lo cumplan al servicio de los demás hombres.